

January 2018

Reflexiones en torno a la espiritualidad del catequista

Juan Pablo Espinosa Arce
jpespinosa@uc.cl

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Espinosa Arce, J. P. (2018). Reflexiones en torno a la espiritualidad del catequista. Revista de la Universidad de La Salle, (75), 237-244.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Reflexiones

en torno
a la espiritualidad
del catequista



Juan Pablo Espinosa Arce*

■ Resumen

La propuesta que se presenta en este artículo tiene que ver con adentrarse en la espiritualidad del catequista a partir de un diálogo con textos bíblicos, teológicos y magisteriales. La tesis central del artículo sostiene que la espiritualidad del creyente que tiene como misión acompañar los procesos formativos, pedagógicos y creyentes de niños, jóvenes y familias se asume como encarnada e histórica. El catequista debe poseer una sensibilidad para reconocer a Dios en la historia de su vida y de su comunidad y, desde ella, lograr una renovada síntesis entre fe, vida y cultura.

Palabras clave: espiritualidad, catequesis, historia, *Evangelii Gaudium*.

* Licenciado en Educación y profesor de Religión y Filosofía en la Universidad Católica del Maule; licenciado canónico (magíster) en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad Católica de Chile; académico de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile y del Centro Universitario Ignaciano de la Universidad Alberto Hurtado (Chile); miembro del Centro Teológico Manuel Larraín de la Universidad Católica de Chile-Universidad Alberto Hurtado. Correo electrónico: jpespinosa@uc.cl

Introducción

El propósito de esta reflexión es volver sobre las “fuentes”, sobre “nuestro propio pozo”, desde la consideración de la espiritualidad, que queremos entender como *seguimiento de Jesucristo*. Comprenderla de esta manera evoca conceptos como discipulado, misión, Iglesia, comunidad, historia de la salvación, éxodo, peregrinar; todos ellos tienen, a mi entender, el *sentido de ser una experiencia histórica*. ¿Qué significa esto de *experiencia histórica*? Que la espiritualidad cristiana en general y la espiritualidad del catequista en particular no responden a una huida del mundo, sino que significan asumir “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo” (*Gaudium et spes* I).

El catequista tiene una particular vocación de acompañar los procesos de crecimiento y de fe de los niños, los jóvenes y los adultos, lo cual exige que demuestre con su vida y ministerio catequético la presencia del Dios Uno y Trino; ello, movido por la acción del Espíritu Santo, al que la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* de Juan Pablo II (1979) llama el *Maestro interior* (CT 72). En la economía de la salvación, el Maestro interior tiene la función de dinamizar el conocimiento del Misterio (mistagogía); podríamos decir, él es el modelo del catequista. Nosotros y nuestra espiritualidad de seguimiento de Jesús Maestro debe transformarse también en una pedagogía de la fe de carácter dinámica, que responda a un proceso de “crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud” (CT 72).

Anteriormente hacíamos mención a la persona del Hijo y del Espíritu, la cual también lleva la impronta de la presencia del Padre. Ahora bien, y uniendo esta reflexión con el Evangelio que la Iglesia proclama en la Fiesta de la Ascensión del Señor, vemos que la Trinidad está relacionada íntimamente con la enseñanza de aquello que constituye la palabra de Jesús. Particularmente es el Evangelio de Mateo el que enfatiza en esta relación: “Vayan y hagan discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he enseñado” (Mt 28, 19-20a).

Según la tradición de Marcos, el mensaje del que Asciende, llevándose a toda la humanidad con él, es en lo nuclear el mismo, salvo por la mención a la Trinidad.

Antes de la Ascensión, Jesús encomienda a la Iglesia la evangelización, que es el corazón y la razón de ser de la comunidad, y será justamente el Espíritu el que apoyará misteriosamente la propagación del Evangelio. En el Evangelio de San Juan se lee: “[El Espíritu Santo] les enseñará todo y les traerá a la memoria todo lo que yo les he dicho” (Jn 14, 28). Y en otro lugar dice: “Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, les guiará hacia la verdad completa y les comunicará las cosas verdaderas” (Jn 16, 13).

Para efectos metodológicos, en este artículo se pretende dialogar con el texto por medio del cual Marcos narra la Ascensión y despedida de Jesús, junto al inicio de la misión que la comunidad apostólica experimenta luego de los sucesos pascuales (Mc 16, 14-20). De este relato se pueden desprender algunos elementos interesantes que, a nuestro entender, van configurando el ministerio de la educación de la fe. Finalmente, releer algunos elementos de *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco en torno al sentido de la espiritualidad que involucra a todo el Pueblo de Dios, del cual son miembros los catequistas, educadores de la fe y testigos de la Vida Nueva que brota de la Muerte y Resurrección de Jesús.

“Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación” (Mc 16, 14)

La primera palabra con la que se inicia el versículo es *vayan*. Es un verbo que indica una orden con un sentido de *movimiento*. La experiencia de la resurrección es algo profundamente *dinámico*. A partir de esto, reconocemos una primera consideración para la espiritualidad del catequista: es el hombre y la mujer que van de camino, que se mueven, y lo hacen porque el Dios de Jesús es ante todo un *Dios en salida*. Una de las claves que los estudios bíblicos han hecho notar en el Evangelio de Marcos es que Jesús es un caminante, aquel que cruza a la otra orilla del lago en busca de los pobres, aquel profeta que se hace parte del mundo del leproso y que por ese compadecerse/compartir el

dolor sufre la marginación. Si el Maestro es el caminante por excelencia, los enviados deben serlo.

Ahora bien, el “vayan” de Jesús es acompañado de una acción bien concreta: anunciar el Evangelio a toda la creación. ¿Qué es una buena noticia en un mundo de malas noticias? ¿A quién debemos anunciar el Evangelio? El texto dice: a toda la creación. Pareciera ser que esta creación (historia, mundo, cultura, política, economía, educación, Iglesia, etc.) es el objeto privilegiado de la misión de Jesús y de la Iglesia. Hay también un sentido ecológico del envío misionero. Pero estas realidades terrenas tienen de trigo y cizaña. Es entonces cuando aparece otra dimensión que el catequista debe considerar como *irrenunciable*: saber discernir. ¿Qué es discernir? Es tratar de buscar la voluntad de Dios en las cosas cotidianas, es desentrañar los signos de los tiempos, esas realidades “densas” que caracterizan a una época y en las cuales Dios puede estar hablándonos (GS 4.11.44).

Por lo tanto, el catequista debe ser el testigo de la acción de Dios en la historia, debe ser el creyente dispuesto a escuchar, “auscultar” los signos de la presencia de Dios en la historia de sus catequizandos. Debe existir en la espiritualidad del catequista una práctica constante del discernimiento de la historia, de lo que Paulo Freire denomina una *lectura comunitaria del mundo*. La catequesis, por consiguiente, no acontece como una práctica monológica, sino dialógica: es retroalimentación, creatividad, en cuanto da espacio a la presencia del Espíritu, Señor de la historia y motor de nuestra creatividad pastoral.

“Después de decirles esto, el Señor Jesús fue llevado al cielo y está sentado a la derecha de Dios” (Mc 16, 19-20)

Aquí podría surgir una pregunta: ¿la ascensión de Jesús indica un vacío cristológico?; en sencillo: ¿Jesús realmente se ha ido para siempre? Benedicto XVI (2011) en *Jesús de Nazaret* nos ayuda a responder a esta pregunta: “La ascensión no es un marcharse a una zona lejana del cosmos, sino la permanente cercanía que los discípulos experimentaron con tal fuerza que les produce una alegría duradera”. En la ascensión de Jesús acudimos a la plenitud de la Encarnación, que los Padres Griegos (Padres de la Iglesia que fundamentaron

la doctrina cristológica) expusieron bellamente: Dios se ha hecho hombre para que nosotros pudiésemos ser Dios; él (Jesús) ha compartido todo lo que es nuestro para que nosotros (cada uno de nosotros) pudiésemos compartir lo que es suyo: la vida divina, la vida junto a Dios. En la ascensión, toda la humanidad es la que sube a la presencia de Dios, y decimos *toda* la humanidad porque el mismo Dios se ha hecho humano en Jesús de Nazaret.

Nos dice Benedicto XVI (2007) respecto a la humanidad asumida por Dios y la mediación universal de Jesucristo (el camino que nos une con el Padre):

Implica la certeza en la esperanza de que Dios enjugará toda lágrima, que nada quedará sin sentido, que toda injusticia quedará superada y establecida la justicia. La victoria del amor será la última palabra de la historia del mundo. Como actitud de fondo para el tiempo intermedio (el que va entre la Ascensión del Señor hasta su regreso), a los cristianos se les pide la vigilancia.

Esta vigilancia significa además esperanza. Acontece, por ende, una nueva actitud en el catequista: debe ser el hombre y la mujer de la espera. Dicha esperanza no debe comprenderse como una huida del mundo, como un desinterés de las realidades más complejas de nuestra historia. La esperanza bíblica siempre ha sido una que se pone en camino en pos de Aquel que ha sido llevado al cielo marcándonos el camino que nosotros hemos de seguir. Esta es la condición escatológica, peregrina de toda la Iglesia. El catequista debe animar ese caminar en los creyentes que se inician a la vida de la fe (bautismo), a la iniciación cristiana y a los que celebrarán su sacramento matrimonial. La espiritualidad de la catequesis es la de la vigilancia del Señor que llega de improviso. Hay que estar despiertos, pero siempre en comunidad. Hay que ejercitar, por lo tanto, *el gusto espiritual de ser Pueblo*.

“El gusto espiritual de ser pueblo”: aportes desde *Evangelii Gaudium* para pensar la espiritualidad del catequista

Habíamos hecho referencia a que la espiritualidad cristiana se comprendía desde el seguimiento de Jesucristo, y ese seguimiento —discipulado— conlleva

además la evangelización y el anuncio de aquello que él dejó como enseñanza (Mt 28, 19-20). Así, el Papa Francisco expresa: "Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta descubrir que eso es fuente de un gozo superior" (EG 268). Estar cerca del Pueblo exige que el creyente posea una compasión específica y que su sintonía esté en clave de escucha y de discernimiento de la voz de Dios que resuena a través de la voz del mismo Pueblo.

Así sostiene Segundo Galilea (1973), teólogo chileno: "Hoy los cristianos reunidos necesitan nutrirse de una espiritualidad que sea moderna, abierta al futuro, a la secularización y a los cambios sociales e históricos". Esta apertura que se ha creado como conciencia en América Latina y en otras Iglesias constituye el fundamento de lo que conocemos como signos de los tiempos, los cuales también vienen a relacionarse con la espiritualidad que tiene el gusto de estar en medio del pueblo. Así debe ser la catequesis.

Desde el discernimiento, la apertura y la fraternidad cristiana nace la misión, que "es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo" (EG 268). Es gracias a dicha misión que Jesús "nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia" (EG 268). El tema de la pertenencia y de la identidad viene a aportar el sentido de interpretar la realidad que posee la espiritualidad. Uno de los desafíos de la espiritualidad cristiana es la de constituirse como narración y como relato creado y creativo de las experiencias de fe del mismo pueblo. Por eso, debemos lograr que los catequizandos vayan formando una identidad eclesial, específicamente con las comunidades eclesiales de base y las parroquias.

Ahora bien, ¿desde dónde extraemos este sentido de pertenencia y de identidad? Francisco nos responde: "Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo" (EG 269). Junto con esto, el Papa Francisco presenta una serie de verbos que vienen a significar la experiencia comunitaria de Jesús y de su radicalidad en su proyecto del Reino de Dios. Nos gustaría rescatar estos verbos para así mostrar cuál

es la interpretación de Francisco en cuanto a la espiritualidad. Se mencionan: “mirarlo (a Jesús) —(Jesús) miraba— miró”, “(Jesús es) accesible y come y bebe con pecadores”, él está “disponible, recibe y entrega”.

El proyecto de espiritualidad encarnada e histórica, esencia del mismo Dios cristiano, debe considerar necesariamente estas actitudes de Jesús. Se hace pues urgente una verdadera conversión pastoral que ponga acentos en la experiencia que los interlocutores hacen de la persona de Jesús. Así, una auténtica espiritualidad que se comprenda como una manera precisa de vivir ante el Señor en solidaridad con todos los seres humanos, con el Señor y ante ellos, debe responder a las exigencias de la cultura actual. Solo así seremos fieles al modelo de opción evangelizadora de Jesús de Nazaret.

Un último punto que queremos considerar es la relación del sentido humano con la espiritualidad popular. Así, Francisco sostiene: “Queda claro que Jesucristo no nos quiere príncipes que miran despectivamente, sino hombres y mujeres de pueblo” (EG 271). Con esto se pretende afirmar que la exaltación del individualismo posmoderno no tiene cabida en la espiritualidad cristiana, que debe ser una que asuma la fraternidad y la solidaridad efectiva, especialmente con los pobres. Más adelante Francisco nos dice: “Cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. [...] Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios” (EG 272).

Los conceptos de reconocimiento y cercanía fundamentan una antropología de carácter personalista que considera al Otro como igual en dignidad. En clave cristiana, significa reconocer en Él la presencia del mismo Dios que lo creó a su imagen y semejanza. Así, podremos comprender lo que Francisco expresa cuando dice: “Es lindo ser pueblo fiel de Dios. ¡Y alcanzamos plenitud cuando rompemos las paredes y el corazón se nos llena de rostros y de nombres!” (EG 274).

Al finalizar: el desafío de vivir una espiritualidad comunitaria y popular

La actitud profética del anuncio de la Palabra de Dios y de la denuncia de lo que va contra esa palabra se patentiza en el proyecto de la espiritualidad comunitaria y popular. Expresamos con esto un deseo de revitalización del Pueblo de Dios, que posee una sensibilidad especial para reconocer al Señor que habla en el tiempo y en la historia. En medio de la cultura posmoderna, donde el individualismo y el narcisismo parecen aparecer como los únicos elementos de interpretación de la realidad, creer en Jesucristo y seguirlo en comunión con todo el Pueblo responde a un desafío que nos urge.

El testimonio de Francisco, que nos llama a tener un gusto espiritual de vivir cerca de las comunidades, expresa la esencia misma del movimiento cristiano que se caracterizó por la fraternidad con la que vivía en lo cotidiano. No podemos considerar la espiritualidad como algo ahistórico y desencarnado, ya que con esto estaríamos evitando el modelo evangelizador de Jesucristo. Únicamente en el seguimiento comunitario y popular que nace como movimiento del Espíritu de Dios vendrá a ofrecer a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo la oportunidad de hacer experiencia gratuita y salvadora del Dios, que, moviéndose en medio del pueblo, llama constantemente a los creyentes a ser misioneros en medio de la gente, de los rostros y de sus relatos.

Referencias

- Benedicto XVI. (2011). *Jesús de Nazaret (vol. II). Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*. Madrid: Encuentro.
- Francisco. (2013). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*, Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Galilea, S. (1973). *Espiritualidad de la liberación*. Santiago de Chile: ISPLAJ.
- Juan Pablo II. (1979). *Exhortación apostólica Catechesi tradendae*, Recuperado de http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_16101979_catechesi-tradendae.html